

## LOS CIMIENTOS DE LA SOCIEDAD<sup>62</sup>

Habrà de trastornar la posguerra en forma de tal modo intensa las condiciones económicas, políticas y morales del mundo, que de cierto puede afirmarse que bien pocas instituciones se escaparàn a su zarpazo. Y a menos que las naciones, las familias y los individuos se preparen con oportunidad y atingencia para adaptarse a las nuevas formas de vida, sobreponiéndose a sus peligros, a sus desventajas y a sus complicaciones, muy mal librados han de salir unos y otros de la aludida prueba que va a ser rudísima.

Como el expresado sismo, según debe preverse, ha de alcanzar hasta los cimientos del orden social, preciso será para salvar a éste, hacer lo que decía Napoleón, refiriéndose a idéntica crisis: asentar las instituciones de todo género sobre compactos bloques de granito.

Esos bloques o puntos de apoyo han de ser: educación orientada hacia la justicia y la fraternidad, difusión de los principios de un humanismo que prescinda de diferencias raciales, una nueva y fuerte cimentación de la propiedad basada en el ahorro y el trabajo, una nueva estructura capitalista que concilie las exigencias económicas con la justicia y el bien social, la restauración de la granja, de la alquería, de la pequeña propiedad, cuna de libertades y de civismo; y ante todo y sobre todo, una correcta y sólida organización de la familia, base de todo lo demás, núcleo y foco de donde han de partir las sanas aspiraciones, los sentimientos nobles y generosos, los hábitos de integridad, de desinterés, de dominio de sí mismo, de rectitud, de moderación y de templanza. Allí es donde, mañana como hoy y siempre, habrán de cultivarse el amor a los demás, el respeto a la justicia, la religión del honor y del deber. Ahí es donde habrá de inculcarse a las nuevas generaciones, que el ser humano, en lugar de actuar como un esclavo del placer, de la envidia y del odio, en vez de obrar como bestia destructora del bienestar y del derecho ajenos, debe ser el hermano, el auxiliar y el colaborador de sus semejantes, a la vez que el ser dotado de un espíritu que

<sup>62</sup> *El Universal*, 26 de enero de 1944.

en todo se sobreponga a la materia. Sin las virtudes aprendidas en el seno de la familia, inútil es esperar buenos ciudadanos, buenos maestros, buenos gobernantes, estadistas y guías que encaminen a los pueblos por las rutas del orden, de la justicia y del bien, y que en esa forma aseguren la paz.

Y ¿cuáles han de ser las condiciones, las cualidades de esa familia, de ese hogar, donde se moldeen los espíritus y se disciplinen los caracteres? No es difícil señalarlas: incommovible fidelidad conyugal, austeridad de costumbres en los padres (de donde ha de partir el ejemplo), CONSAGRACION ABSOLUTA DE LA MUJER AL HOGAR, autoridad indiscutida del jefe de la familia, respeto mutuo entre los consortes, sumisión consciente de la mujer a las órdenes y a la dirección del marido, abnegación de aquella, moderación y rectitud del esposo vigorosa disciplina impuesta a los hijos, formación espiritual de éstos sobre la doble base de una sólida educación moral y religiosa y del noble y edificante ejemplo de los padres.

¿Habrá habido alguna vez en la historia —preguntará alguien— familias que se acerquen a ese tipo de perfección?

Los usos y costumbres de las viejas familias patriarcales, de las que subsistían aun en múltiples regiones de la Europa anterior a la actual decadencia; esos usos y costumbres dan la mejor y más satisfactoria respuesta.

No los tenemos muy lejos. De España y de Portugal fueron trasplantados, esos usos y costumbres, a este Continente. En él rigieron y vivieron, como plantas lozanas, bajo el régimen colonial, que si pudo subsistir algún tiempo, a pesar de las injusticias y lacras de otro orden que lo corroían, fue por obra, seguramente, de la sólida estructuración del hogar.

Una feliz casualidad, una dichosa contingencia, nos permite conocer ese tipo de organización familiar, tal como aun se conserva en la hermana República del Brasil, floreciente colonia que fuera de la metrópoli portuguesa.

Y hablo de casualidad y de contingencia, porque quiso el destino que un gran escritor, el desventurado Stefan Zweig, tuviera ocasión de asomarse al hogar brasileño para espléndidamente describirlo.

Cedamos la palabra al gran estilista.

“Muchos rasgos patriarcales del siglo pasado que entre nosotros ha tiempo ya —y uno está por lamentarlo— se han transformado en algo histórico, siguen conservando en el Brasil todo su rigor. Una voluntad tradicional se opone conscientemente, sobre todo, a la disolución de la vida familiar y a la abolición del principio de la patria potestad. Como en las viejas provincias norteamericanas de la América del Norte, en el Brasil el concepto más severo del tiempo colonial sigue

surtiendo inconscientemente sus efectos; se descubre que allí imperan aun los hábitos que, al decir de nuestro padres, se respetaban en Europa, en el ambiente de nuestros abuelos. La familia sigue siendo el sentido de la vida y el verdadero centro de energías del que todo emana y al que todo reconduce. Se vive en unión y concordia durante la semana en el círculo más estrecho y los días de fiesta en el círculo más amplio... Dentro de la familia, el padre, el esposo, continúa siendo jefe indiscutido de los suyos. Tiene todos los derechos y privilegios, y puede contar con la obediencia como cosa natural, y principalmente en los ambientes rurales, es costumbre, como en los siglos pasados entre nosotros, que los niños besen la mano del padre en señal de respeto. Nadie discute todavía la superioridad ni la autoridad del hombre, a quien se conceden muchas cosas vedadas a la mujer. Aun cuando ésta ya no vive bajo tanto rigor como pocos decenios atrás, queda, sin embargo, reducida a un círculo de influencia y de acción dentro de la casa. La mujer burguesa casi nunca sale sola a la calle, y aun yendo acompañada por una amiga, se le atildaría de incorrecta al verla después del anochecer fuera de la casa sin su marido.”

Acerca de las jóvenes solteras nos explica Zweig que su posición es más limitada todavía.

“El trato amistoso de ellas con los jóvenes, aun de la índole más ingenua, no es habitual hasta ahora, a menos que vaya unido desde un principio claramente al propósito de formalizar un matrimonio, y no es posible traducir la palabra “flirt” al brasileño. Para evitar toda suerte de complicaciones, la gente suele casarse a edad extraordinariamente temprana, las niñas de los círculos burgueses por lo común, a los diecisiete o dieciocho años, si no antes. Y generalmente, se desea en el Brasil una pronta y numerosa descendencia, y no se la teme como en otros países”.

“Esa clase media —concluye Sweig—, ese “HUMUS” sólido y sano, provee hoy la generación que empieza a compartir con las antiguas familias aristocráticas la orientación de la nación;... esa generación nueva, de empuje fuerte y enérgico, y sin embargo, a la vez tradicional.”

Fácilmente se concibe que sobre esos cimientos haya podido erguirse, avasalladora y triunfante la nacionalidad brasileña.

Así se explica que sin tropiezos, sin trastornos civiles, sin revoluciones, haya desarrollado plácidamente su vida ese pueblo excepcional.

Ese país —modelo para la América y para la Europa misma— es fácil de gobernar, ofrece espléndidas oportunidades de progreso y de tranquila convivencia a los inmigrantes de todos los pueblos y de todas las razas, y al dar libre curso a la explotación de sus inagotables fuentes de vida, conquista el derecho de ser para el futuro la más próspera nación del Continente.